

# Historia política contemporánea de México: balance, retos y posibilidades

■ ■ Luis Enrique Pérez Castro\*

## Introducción: ¿Por qué la historia política?

El desdén hacia esta alternativa histórica es evidente, puesto que los estudios críticos sobre el quehacer político son escasos en relación a lo hecho por otras propuestas en los últimos veinticinco años. El problema es que la actividad política no ha cesado en ese periodo, y hechos recientes así lo confirman: el ascenso de los nacionalismos, las causas de la migración, la llegada de gobiernos de izquierda, los nuevos modelos de participación ciudadana o la modernización en la comunicación y propaganda política, que tienen su origen en el reacomodo económico de los años ochenta y en el fin del mundo bipolar. Pese a tal panorama, la historia política aún se está reincorporando a la academia, por lo que bien vale la pena llevar a cabo una revisión al respecto, objetivo principal de este trabajo.

Éste se divide en tres apartados. En el primero de ellos se realiza un breve recorrido sobre las tendencias historiográficas en los últimos cincuenta años, visualizando no sólo las perspectivas del pasado escrito sino de la actividad política que influyó en la elaboración de esos estudios. Posteriormente, se señalan algunos retos a los que tiene hacer frente esta disciplina, primero ante las perspectivas e intereses del nuevo gobierno federal que ha apostado a la reinterpretación de la historia; en segunda instancia, a los elementos metodológicos por lo que fue cuestionada por otras áreas de la historia. Finalmente, en el último apartado se proponen (mas no se limitan) algunas propuestas de trabajo y análisis que los(as) historiadores(as) podrían atender para renovar la interpretación de la actividad política en México.

\*Licenciado en Historia y Estudios de Humanidades, maestro en Ciencias Políticas y doctor en Filosofía con acentuación en Estudios de la Cultura por la Universidad Autónoma de Nuevo León. Coeditor de la revista digital *Academia Semper*, de la Sociedad Nuevoleonesa de Historia, Geografía y Estadística, A.C. Catedrático en la Facultad de Filosofía y Letras de la UANL.

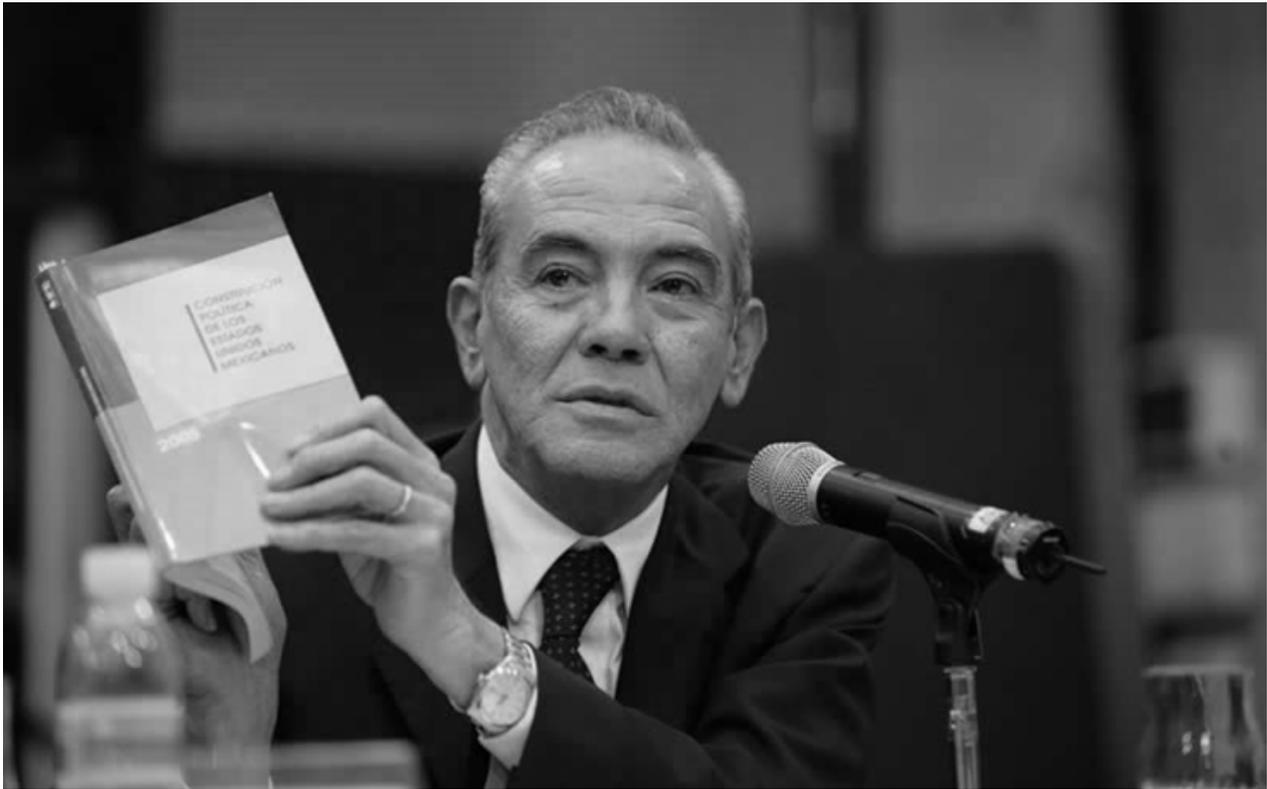
## I. Historia y política en México (1969-2019)

Cuando se realiza una revisión retrospectiva de la labor historiográfica, sobre cualquier área, es indispensable examinar también el contexto en el que fue realizado, de lo contrario el estudio y su comprensión quedaría incompleto. El caso de la historia política en México es complejo, ya que la trayectoria política del país se ha caracterizado por la confrontación y el desacuerdo. En este primer apartado se lleva a cabo un breve esbozo historiográfico, sin perder de vista los principales acontecimientos que influyeron para las reinterpretaciones históricas.

Diferentes autores coinciden en que el movimiento de Tlatelolco en octubre de 1968 es un punto de inflexión en la historia de México, similar a la Conquista o la Independencia, y es a partir de esa mirada que la historiografía reciente aborda temas relevantes. Todavía hasta la década de los sesenta la historia tradicional, es decir, basada en la mitificación de la Revolución Mexicana establecida por los gobiernos posteriores a 1920, predomina entre los círculos académicos. Ejemplo de ello, Pablo González Casanova quien, previo al movimiento estudiantil, analiza y debate varios aspectos de las relaciones gobierno-ciudadano fundamentado en la experiencia política que remite, en ocasiones, hasta la época colonial.

Aunque crítico políticamente, aún conserva la esencia tradicional de la reinterpretación de la historia asegurando que “sintiéndonos como nos sentimos responsables y partícipes del gran movimiento que inició en 1910”, hay que “alentar la investigación científica de los problemas políticos nacionales”<sup>2</sup>. Las movilizaciones sociales de los sesenta a nivel internacional también tuvieron su eco en México; primero por el cuestionamiento de las estructuras político-sociales tradicionales y sobre el concepto de *revolución*, aspectos ambos predominantes en el país.

<sup>2</sup> *La democracia en México*, pp. 10-11.



Arnaldo Córdova, historiador y politólogo.

Proceso paralelo fueron las propuestas historiográficas extranjeras, principalmente europeas. El marxismo británico, especialmente E. P. Thompson y la Escuela de los Annales, que comenzaba su tercera generación, fueron clave en el estudio histórico mexicano. El transcurso de los setenta abría la oportunidad a las investigaciones de corte regional y local, en clara ruptura con el gran relato nacional y apoyada por el revisionismo histórico realizado al discurso revolucionario.<sup>3</sup>

Dichas investigaciones giraron en torno a las relaciones *centro-periferia*, entendidas como “las mediaciones entre el centro político nacional y las dinámicas de los estados o regiones”<sup>4</sup>, ya que se aceptaba no una revolución monolítica, simbólica y mítica, sino la confluencia de diversos procesos regionales alternos que demandaban situaciones distintas. Así pues, se diluía un relato “homogéneo y estático y un ente abstracto que servía a la

ideología oficial y a la cohesión del fundamento del autoritarismo y el sistema político”.<sup>5</sup>

En la misma década, Arnaldo Córdova también propuso una reinterpretación histórica de la Revolución, no por su génesis sino por su sustento social e ideológico; afirmaba que la base política del Estado mexicano era la revolución popular, de las masas.<sup>6</sup> Por su parte, Daniel Cosío Villegas hizo de los 70 un periodo fecundo en las publicaciones de crítica política, principalmente hacia el gobierno de Luis Echeverría, afirmando que el sistema político mexicano posrevolucionario tenía fracasos desde el comienzo, que trató de subsanar con el corporativismo, el presidencialismo y un partido dominante.<sup>7</sup> La crisis del desarrollo estabilizador y la llamada “guerra sucia” comenzaban a mostrar las debilidades del sistema junto con sus detractores.

3 Guerra, 224; Knight, 38.

4 Salmerón, 191.

5 Salmerón, 189.

6 Córdova, 1977; 2014.

7 Cosío Villegas, 1972.

La transición entre décadas también trajo consigo nuevas vetas de análisis. Cuando en México se estaban conociendo los métodos de la historia de las mentalidades, en Europa se abandonaba esta alternativa al evidenciarse “los peligros de la historia cuantitativa” al considerársele “reduccionista”. Aunque los historiadores “recabaron múltiples registros” para la historia serial, no se cercioraron “si esas estadísticas son indicadores confiables de lo que se quiere investigar”<sup>8</sup> y se propusieron opciones como el estudio de los imaginarios y de las representaciones.

A nivel nacional se llevan a cabo estudios de lo nacional, centrada en la síntesis y tímidamente se muestran colaboraciones multidisciplinarias; hay cambios en las propuestas analíticas, de una perspectiva *social* (dividida en clases) a una de tipo *cultural* (por rasgos como etnicidad y género) con énfasis en lo popular.<sup>9</sup> La apertura neoliberal de los ochenta hizo del intercambio metodológico un proceso menos prolongado.

Pero la década de los 80 también representa el momento más crítico de legitimidad para el gobierno mexicano, ante la crisis económica de 1982, la tardía respuesta gubernamental tras el sismo de 1985 y los cuestionados comicios de 1988. El PRI pasaba por su peor momento, pero le restaban dos sexenios más en la presidencia, periodo que representó otra área de análisis político desde la óptica histórica. Los temas electorales, la relación presidencia-gobiernos estatales, así como las propias historias estatales fueron la constante; pero el mismo debilitamiento del PRI-Gobierno alimentó las interpretaciones sobre el esquema político nacional.

Roderic Ai Camp, en una veintena de libros publicados entre 1984 y 1997, lleva a cabo un pormenorizado estudio sobre las élites políticas del país (presidentes, empresarios, militares, intelectuales, la jerarquía católica) mediante el uso de la prosopografía o estudio de redes;<sup>10</sup> José Agustín aborda la política, la cultura y la actividad social de manera amena en tres tomos, publicados entre 1990 y 1998;<sup>11</sup> y finalmente, Enrique Krauze muestra los perfiles de los actores más prominentes de la política

del siglo XX en una serie de biografías políticas entre 1987 y 1997.<sup>12</sup>

El fin de siglo –y de milenio– representó un momento sin precedentes en la historia política contemporánea: un partido de oposición ganó la elección presidencial al PRI, terminando con un régimen de 70 años. Y aunque Knight afirma que la “declinación y caída del PRI ha liberado a los historiadores del brazo de la historiografía oficial [...] sin temor a ser calificados de intelectuales orgánicos”,<sup>13</sup> pareciera que los historiadores decidieron virar a otras opciones, es decir, se evidencia una reducción en las investigaciones de historia política, como si la materia prima de esta temática hubiera terminado junto con el discurso revolucionario y el gobierno priista.

En este sentido, fue hasta la conmemoración del Centenario de la Revolución en 2010 cuando se retomó el análisis histórico de la actividad política en México. Arnaldo Córdova consideraba, en la década de los ochenta que “nuestro tiempo histórico, está marcado por ese fenómeno de trascendencia que es la Revolución Mexicana”, debido a que ha definido políticamente los periodos sucesivos. Afirmó que la Revolución “es nuestro referente, pensamos a partir de ella, nos movemos por ella o contra ella”, ya que “funda una nueva dimensión histórica [...] debido a la singular participación de las masas populares”.<sup>14</sup>

Así pues, la actividad política no ha sido la única que se ha caracterizado por ser unilateral a lo largo del siglo XX. La propia interpretación realizada por la historia de esos sucesos no se desliga por completo del partido hegemónico ni de los gobiernos en turno, no por una complicidad gobierno-academia, pero sí por la relevancia que los gobiernos posrevolucionarios mantuvieron durante la centuria pasada. De nueva cuenta el contexto político actual podría influir en las interpretaciones que se realicen de la historia, puesto que los recientes comicios de 2018 revelan diferentes posibilidades para analizar el pasado.

8 Burke, 80-81.

9 Salmerón, 194; Knight, 40-41.

10 Villarreal, Héctor. “Roderic Ai Camp: las élites permiten conocer el liderato político”. *Metapolítica* 52 (2007): 107-108.

11 Agustín, *tragicomedia mexicana*.

12 Salmerón, 195.

13 Knight, 51.

14 Córdova, Arnaldo (2014). “La Historia, maestra de la política”, en: *Historia ¿para qué?* México: Siglo Veintiuno Editores, pp. 133 y 136.

## II. ¿Historia política o historia politizada? Retos actuales

Relacionado con las aseveraciones anteriores, es posible afirmar que en la primera década del siglo XXI disminuyeron los textos, pero se ampliaron las interpretaciones sobre la historia política. El mismo panorama político reciente ha sido factor clave en este proceso y aunque “la historia mexicana se encuentra menos politizada, *al menos respecto del antiguo maniqueísmo revolucionario/antirrevolucionario*”,<sup>15</sup> también es claro que la presencia de un nuevo esquema político se ve acompañado de su propia visión de la historia. En este punto es donde se presenta el primer reto para la historia política académica: cómo evitar pasar de *política a politizada*.

Antes de continuar es necesario llevar a cabo una precisión conceptual. Por politización se entenderá el proceso mediante el cual se subordina un elemento que, en esencia, ninguna relación tiene con la actividad política. En este sentido, Jacques Ellul afirma que el fenómeno de la politización representa la “centralización inevitable de la organización total de la sociedad en manos del Estado”, debido al aumento de las atribuciones, actividades y funciones que éste adquiere en la sociedad.<sup>16</sup>

Por su parte, Enrique Krauze presenta dos percepciones del concepto politización; uno positivo, en el que esta situación busca “inculcar a alguien una formación o conciencia política”; mientras que la acepción negativa tiene una “orientación y contenido político a acciones, pensamientos o personas” cuya naturaleza debería ser “ajena a la política”. Para el caso de la historia mexicana, plantea que existe una gran cantidad de ejemplos sobre la segunda acepción, en los cuales se ha utilizado para la legitimación de los gobiernos.<sup>17</sup>

Volver a la historia parte de la actividad política no es un hecho reciente ni desconocido pues “hubo

un tiempo en que se aprendía a componer discursos latinos y versos griegos para llegar a ser consejero político y, sobre todo, *historiógrafo político de un príncipe*”.<sup>18</sup> Estas acciones se deben al grado de legitimación que la historia puede ofrecer a un gobierno o a uno de sus miembros.

La vuelta de siglo revela las interpretaciones que algunos sectores de la política han hecho de la historia; Knight afirma que después del año 2000 la “derecha” ha mantenido la perspectiva de una historia “católica, cristera, sinarquista, panista, liberal, maderista y vasconcelista”,<sup>19</sup> reflejándola en los principios del Partido Acción Nacional y en los discursos de sus integrantes. La izquierda, por su parte “sigue invocando a Cárdenas, Zapata o Juárez” con el fin de sostener la idea de justicia social; en ambos casos tomando en cuenta que “el uso tradicional, maniqueo, partidista de la historia de la Revolución mexicana” sostenido por el PRI-Gobierno “ha perdido mucha de su relevancia y poder de convocatoria”.<sup>20</sup>

El predominio de un nuevo partido a nivel nacional, Movimiento de Regeneración Nacional (MORENA), autodefinido como de “izquierda” no escapa a esta dinámica. El gobierno federal, elegido en 2018, presenta su logo institucional con imágenes de personajes históricos: José María Morelos, Miguel Hidalgo, Benito Juárez, Francisco I. Madero y Lázaro Cárdenas; ocasionalmente se recurre a Emiliano Zapata. En sus discursos como candidato y presidente, Andrés Manuel López Obrador afirmaba que el gobierno que él encabezó llevaría a México a una *cuarta transformación histórica*, siendo las previas la Independencia, la Reforma liberal del siglo XIX y la Revolución Mexicana, en una especie de narrativa teleológica de procesos sucesivos y consecuentes.

Igualmente, propuso la creación de la Coordinación Nacional de la Memoria Histórica (CNMH), que tenía entre sus funciones la recuperación de los archivos públicos (materia prima de los historiadores), así como el “rescate de la memoria histórica latente en las denominaciones de las calles, inmuebles y monumentos”, además de las “celebraciones cívicas, timbres postales y la

---

15 Knight, p. 51. Cursiva propia.

16 Ellul, Jacques. “Politización y soluciones políticas”, *ESEADE*. [Documento PDF en línea. Recuperado el 16 de abril 2017]. Disponible en: <http://www.eseade.edu.ar/wp-content/uploads/2016/08/ellul.pdf>

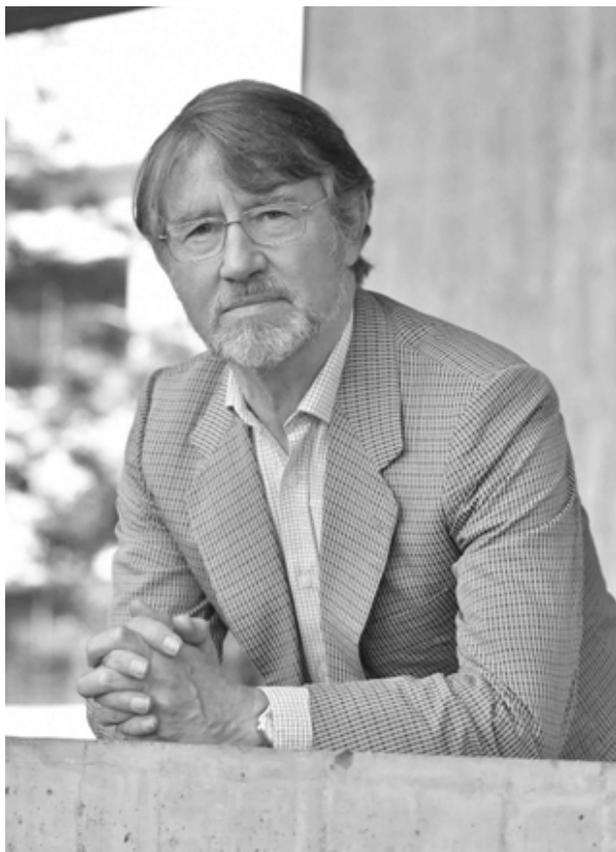
17 Krauze, Enrique. “La politización de todas las cosas”, *Letras Libres*. [En línea. Recuperado el 16 de abril 2017]. Disponible en: <http://www.letraslibres.com/mexico-espana/la-politizacion-todas-las-cosas>

---

18 Weber.

19 Knight, p. 55.

20 *Idem*.



Alan Knight

papelería oficial de la administración federal”. La CNMH fue disuelta en enero de 2023.

Aunque no existe duda de que “los regímenes mexicanos han tratado de utilizar la historia para legitimarse”,<sup>21</sup> la labor del historiador deberá atender a dos situaciones: generar nuevos análisis en torno a los procesos políticos de la historia contemporánea, e identificar las acciones (usos) del gobierno actual en torno a la historia. Lo que es cierto, es que ambos casos implican una serie de reinterpretaciones del pasado.

En otro orden de ideas, el relativo abandono hacia la historia política, principalmente en Europa desde mediados del siglo XX, es otro de los retos a los que se ha enfrentado esta área disciplinar. Ese rechazo tiene su origen en cuestiones metodológicas, puesto que las dos primeras generaciones de la Escuela de los Annales (1929-1970) consideraban

que en este tipo de historia “los actores fundamentales han sido los grandes hombres, los que tenían un papel rector en la sociedad”; por consecuencia “no sólo eliminaba a la inmensa mayoría de los actores sociales, sino que también atribuía a esos grandes personajes” una considerable autonomía al alejarlos de la sociedad.<sup>22</sup>

Igualmente, la definición del propio objeto de estudio implica una serie de problemáticas por sí mismo; hablar de *la política* como el conjunto de decisiones tomadas por sector de la sociedad para satisfacer demandas colectivas, o de *lo político*, es decir, todas aquellas actividades que se relacionan con el punto anterior. Este punto incluye también la concepción del poder al considerarlo “como un fenómeno relacional y como una construcción social, que no se circunscribe a las actividades e instituciones políticas” formales, sino “que encuentra múltiples formas y ámbitos de expresión social”.<sup>23</sup>

Asimismo, no dejar de lado “la problematización de la escala de análisis, considerando lo local en su especificidad” y al mismo tiempo relacionado con procesos macro “que lo articulan con otros niveles”.<sup>24</sup> Finalmente, para el estudio de lo político habrá que dimensionar la complejidad de estos procesos puesto que la actividad política “no se agota en la actividad del Estado [...] y es el punto de encuentro de la mayor parte” de la sociedad; por esa razón “no sigue un desarrollo lineal, se hace de rupturas que aparecen” de acuerdo con las circunstancias.<sup>25</sup> Las situaciones previamente señaladas pueden dejar de ser retos y convertirse en áreas de oportunidad.

### III. Posibilidades para la historia política

En este último apartado se presentan algunas áreas de oportunidad para el trabajo del historiador de lo político, sin ser únicas ni exclusivas. Para cuestiones prácticas se aborda en seis diferentes puntos.

#### a) Metodología de la nueva historia política

Como se afirmó en las páginas anteriores, las primeras dos generaciones de la Escuela de los

21 Knight, p. 51.

22 Guerra, p. 229.

23 Cabezas.

24 *Ibid.*

25 Cruz-Mina, pp. 64-65.

Annales propusieron alternativas de análisis tales como la historia económica y social, mientras que la tercera generación se avocó a revisar las mentalidades; en ambos casos se preponderó el estudio “de las estructuras de larga duración”. Por consecuencia, se relega la historia política debido a su interés en los acontecimientos inmediatos no constantes, por lo que se le calificó de “insignificante y secundaria”.<sup>26</sup>

Sin embargo, a finales de los ochenta y principios de los 90 (re)aparece el interés por la historia política por diferentes causas: primero, porque la caída del muro de Berlín y la desintegración de la URSS fueron situaciones que requirieron la reinterpretación de la historia contemporánea; segundo, la “crisis” por la que pasaban las corrientes en auge que omitían los acontecimientos inmediatos como fuente de cambio social; finalmente, como una reacción contra el determinismo histórico planteado por propuestas como el materialismo histórico.

Pero el retorno del estudio de lo político requirió hacerlo de manera renovada. Dentro las propuestas, principalmente francesas, se asocia a la actividad política con un “redescubrimiento de la importancia que tiene la acción frente a la estructura” o a la micropolítica analizada por Foucault.<sup>27</sup> Debido a que los acontecimientos políticos son inmediatos, y por tanto no serializados, había que integrarlos en un esquema narrativo en que “la historia-relato organiza los hechos sociales en la escala del tiempo para que reciban su significado” en un panorama conocido previamente.<sup>28</sup>

#### b) Enfoques y temáticas

El cambio de la historia política implicó también la renovación de su área de análisis; abandona la descripción de la vida y obra de gobernantes para revisar fenómenos ideológicos y mentales (cultura política). Recurre a la revisión de procesos electorales y de los partidos para cuantificar hechos y hacer una historia “científica”, basada en números. Otras vetas para el estudio de lo político son la administración pública, el neoinstitucionalismo, el neoconstitucionalismo, las relaciones intergubernamentales, el discurso como acción

política y los estudios comparados (geográfica o culturalmente), entre otros.

#### c) Sujetos y objetos

La nueva experiencia de la historia política incluye la “recuperación de la perspectiva de los actores a través de sus prácticas concretas” lo que permite captar el interés y el sentido de su acción política.<sup>29</sup> De hecho, propone otras categorías de análisis adoptando conceptos como *generación*, que sustituye a la de clase y *cultura política* ya no aplicada exclusivamente a las élites “capaces de formular con claridad una ideología, sino a las masas”.<sup>30</sup> En México se requiere atender las actividades políticas realizadas por las mujeres, la oposición, los grupos de presión, la propaganda política, los jóvenes (más allá del 68), del Poder Judicial, del Poder Legislativo, del Ejército, así como de la opinión pública, entre otros.

#### d) Temporalidad

Debido a la subjetividad en torno a la percepción del tiempo histórico, sólo se harán unas precisiones presentadas por algunos académicos. En la historia política habría que abandonar “el tiempo breve por la larga duración, superando la idea de que sólo refleja” aspectos superficiales de la historia y puede captar la realidad social (o estructural). Debido a que la actividad política se caracteriza “por la pluralidad de ritmos, articula lo continuo y lo discontinuo, combina lo instantáneo y lo extremadamente lento”,<sup>31</sup> pueden convivir los diferentes periodos establecidos por Braudel: tiempo breve (golpes de Estado), duración media (régimenes políticos y vida de los partidos políticos), o larga duración (ideologías).

#### e) Espacio

Una de las principales críticas que se realizaron a la historia política a lo largo del siglo XX se debió al hecho de homogeneizar procesos políticos sin atender a las particularidades locales, bajo el esquema del Estado-nación como agente unificador. De ahí que se destaque lo local, que bajo su propia óptica se vincula con otros niveles “cuestionando y matizando ideas instaladas en la

26 Xavier Guerra, p. 231.

27 Burke, p. 89.

28 Cruz Medina, p. 68.

29 Cabezas.

30 Cruz-Medina, p. 72.

31 Ibid., pp. 63 y 70.

escala pretendidamente nacional”.<sup>32</sup> Para lograr ese cometido no sólo podría hacerse desde el tema de las elecciones o de las actividades de gobiernos estatales y municipales, sino desde el concepto de la *esfera pública* como espacio de discusión, intercambio de ideas, escenario de controversias y foro de lo colectivo, aquello que es de interés general y contrapuesto a lo privado.<sup>33</sup>

#### f) Interdisciplinariedad

La comprensión integral de los procesos sociales sólo puede ser realizada mediante el trabajo colaborativo de variadas áreas del conocimiento, pero el conflicto radica en elegir entre la *multi*, la *trans* o la *interdisciplinariedad* como guía para tal propósito. En el primer caso, se trata del nivel más simple, pues diferentes disciplinas abarcan un mismo objeto de estudio ofreciendo su respectiva conclusión sin mayor conexión; en la transdisciplinariedad el fenómeno analizado está sometido a diferentes ópticas simultáneas, bajo “una estructura no lineal [...] en un contexto complejo”. Finalmente, en la interdisciplinariedad trabajan diferentes “disciplinas de orden similar” y su orientación “tiene un orden superior propositivo o [...] normativo”;<sup>34</sup> es decir, una dirigiendo a las demás.

Aunque se aboga por la transdisciplinariedad, el caso es que para la historia política prácticamente es nueva esa orientación, por lo que la interdisciplinariedad sería el primer acercamiento a estas tendencias. En este sentido la amplia veta de temas, sujetos, enfoques y fuentes requiere a la historia como eje principal con apoyo de disciplinas como la ciencia política, la psicología social, la sociología política, el derecho y la economía política. Ello permitirá un análisis holístico de los procesos políticos.<sup>35</sup>

## Referencias

- Cabezas, Gonzalo. “Historia Política y Sociología Política. Reflexiones en torno al abordaje de los partidos políticos”. *Pasado abierto* 6 (2017): 241-254.
- Córdova, Arnaldo. “La Historia, maestra de la política”. En *Historia ¿para qué?*, Carlos Pereyra y otros, 129-143. México: Siglo Veintiuno Editores, 2014.
- Flores Caballero, Romeo Ricardo. *México. De la revolución social a la revolución neoliberal: 1910-2014*. Monterrey, N.L.: Universidad Autónoma de Nuevo León, 2015.
- González Casanova, Pablo. *La democracia en México*. México: Era, 1965.
- Guerra, François-Xavier. “El renacer de la historia política: razones y propuestas”. En *New history, nouvelle histoire: hacia una nueva historia*, editado por José Andrés Gallegos. España: Actas, 1993, pp. 221-245.
- Knight, Alan. *La Revolución cósmica. Utopías, regiones y resultados. México 1910-1940*. México: Fondo de Cultura Económica, 2013.
- Mina, Ma. “En torno a la nueva historia política francesa”. *Historia Contemporánea* 9, (1992): 59-91.
- Pérez Daniel, Gustavo Herón. *Historia política de Nuevo León. Hacia una historia de la esfera pública neolonense*. México: Universidad Autónoma de Nuevo León/Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, 2013.
- Salmerón Sanginés, Pedro y Pablo Serrano Álvarez. “El auge de la historiografía política regionalista en México, 1968-2000. Revisión y análisis político”. *Secuencia* 57 (2003): 183-200.
- Sirinelli, Jean-François. “El retorno de lo político”. *Historia Contemporánea* 9 (1992): 25-35.
- Vergara Varela, Rafael. “Análisis histórico conceptual de la política desde la transdisciplinariedad”. *Justicia* 33 (2018): 170-199.
- Villarreal, Héctor. “Roderic Ai Camp: las élites permiten conocer el liderato político”. *Metapolítica* 52 (2007): 107-108.
- Weber, Max. *El político y el científico*. Barcelona: Alianza Editorial, 2010.

<sup>32</sup> *Sociología*.

<sup>33</sup> Véase: Pérez Daniel, pp. 23-70.

<sup>34</sup> Vergara.

<sup>35</sup> Véase: Mina 1992, p. 82; Salmerón 2003, p. 197; Cabezas.